

25th Sunday Year A 20 Aug 2020

(Is 55:6-9; Phil 1:20c-24, 27a; Mt 20:1-16a)

If you want to get people upset very quickly in today's world, all you have to do is begin talking about salaries. We often play the game of comparing our salary to someone else's salary. It is called "size up the salary." When we play that game, we usually compare our wages with a person who is making more money than we are. They are making more money, and they seem to have less skill and education. Then we become upset, but we usually do not say anything, just simmer inside. That is the way we normally play the "size up the salary" game. I believe unequal salaries for equal work initiated the origins of the women's movement. Women simply wanted equal pay for equal work. Money, salaries, equal pay for equal work, affirmative action: these words cause all kinds of tensions within us. It is with this tense and conflicted mood that we approach Jesus' parable for today. Today's Gospel presents a group of farm workers playing that game and judging the generosity of the landowner unjust and unfair.

Today's readings are all about our sense of justice and the extravagant grace of a merciful God. While God is both just and merciful, God's mercy often seems, in our view, to override His justice. God pardons us unconditionally and rewards us generously by opening Heaven for the Gentiles and the Jews.

In the first reading, the prophet Isaiah reminds the exiles in Babylon that their God is more merciful than they are, and more forgiving. He is ready to pardon their infidelity to God, which has resulted in their exile. Their merciful God will bless them with material and spiritual blessings. Hence, Isaiah exhorts them, and us, to seek the Lord and to put aside evil ways that we may receive His mercy and forgiveness.

In the second reading, Paul offers himself as an example of total submission, aided by God's grace, to His will. Paul is ready to live continuing his mission, or to die and join the Lord, whichever is God's will.

In today's Gospel, Jesus tells us the strange parable of a landowner who hired laborers at five different times during the course of one day to work in his vineyard, but paid the same living wage for a full day's work to all of them. This story presents God (the landlord), Whose love and generosity to all of

us demonstrates the difference between God's perspective and ours. God looks at us, sees our needs and meets those needs generously and mercifully. His provisions for our spiritual lives will never run out, and when we share our blessings with others, we tap into the inexhaustible Divine supply. The parable also shows the mercy, compassion, and generosity of a gracious and forgiving God in allowing the later-called Gentiles as well the first-called Jews, His Chosen People, to enjoy the same eternal bliss of His Heavenly Kingdom

When someone else is more successful than we are, let us assume that person needs it. When someone who does wrong fails to get caught, let us remember the many times we have done wrong and gotten off free. Envy should have no place in our lives. We cannot control, and dare not pass judgment on, the way God blesses others, only rejoice that He does so, just as He blesses us.

God personally calls each of us to our own ministry in this world and shows us His care by giving us His grace and eternal salvation. To God, we are more than just numbers on a payroll. Our call to His vineyard is a free gift from God for which we can never be sufficiently thankful. All our talents and blessings are freely given to us by God. Hence, we should express our gratitude to God by avoiding sins, by rendering loving service to others, by sharing our blessings with the needy, and by constant prayer, listening and talking to God at all times. Amen

Julian Policetti
SMD&SF Rosamond

Domingo 25 Año A 20 Ago 2020

(Isaías 55: 6-9; Filipenses 1: 20c-24, 27a; Mt 20: 1-16a)

Si deseas que la gente se enoje rápidamente en el mundo actual, todo lo que tienes que hacer es comenzar a hablar de salarios. A menudo jugamos al juego de comparar nuestro salario con el salario de otra persona. Se llama "medir el salario". Cuando jugamos ese juego, generalmente comparamos nuestro salario con el de una persona que gana más dinero que nosotros. Están ganando más dinero y parecen tener menos habilidades y educación. Luego nos enfadamos, pero normalmente no decimos nada, simplemente cocinamos a fuego lento por dentro. Esa es la forma en que normalmente jugamos el juego de "medir el salario". Creo que los salarios desiguales por el mismo trabajo se iniciaron en los orígenes del movimiento de mujeres. Las mujeres simplemente querían igual salario por igual trabajo. Dinero, salarios, salario igual por trabajo igual, acción afirmativa: estas palabras provocan en nosotros todo tipo de tensiones. Es con este estado de ánimo tenso y conflictivo que nos acercamos a la parábola de Jesús para hoy. El Evangelio de hoy presenta a un grupo de trabajadores agrícolas que juegan ese juego y juzgan injusta e injusta la generosidad del terrateniente.

Las lecturas de hoy se tratan sobre nuestro sentido de la justicia y la gracia extravagante de un Dios misericordioso. Si bien Dios es justo y misericordioso, la misericordia de Dios a menudo parece, en nuestra opinión, anular Su justicia. Dios nos perdona incondicionalmente y nos recompensa generosamente abriendo el cielo para los gentiles y los judíos.

En la primera lectura, el profeta Isaías recuerda a los exiliados en Babilonia que su Dios es más misericordioso que ellos y más indulgente. Está dispuesto a perdonar su infidelidad a Dios, que ha resultado en su exilio. Su Dios misericordioso los bendecirá con bendiciones materiales y espirituales. Por lo tanto, Isaías los exhorta a ellos, y a nosotros, a buscar al Señor y dejar de lado los malos caminos para que podamos recibir Su misericordia y Su perdón.

En la segunda lectura, Pablo se ofrece a sí mismo como ejemplo de total sumisión, ayudado por la gracia de Dios, a su voluntad. Pablo está listo para vivir continuando su misión, o para morir y unirse al Señor, cualquiera que sea la voluntad de Dios.

En el evangelio de hoy, Jesús nos cuenta la extraña parábola de un terrateniente que contrató obreros en cinco momentos diferentes durante el transcurso de un día para trabajar en su viña, pero pagó el mismo salario digno por un día completo de trabajo a todos ellos. Esta historia presenta a Dios (el propietario), cuyo amor y generosidad hacia todos nosotros demuestra la diferencia entre la perspectiva de Dios y la nuestra. Dios nos mira, ve nuestras necesidades y satisface esas necesidades con generosidad y misericordia. Sus provisiones para nuestra vida espiritual nunca se agotarán, y cuando compartimos nuestras bendiciones con los demás, aprovechamos el inagotable suministro Divino. La parábola también muestra la misericordia, la compasión y la generosidad de un Dios misericordioso y perdonador al permitir que los gentiles posteriormente llamados, así como los primeros judíos, Su Pueblo Elegido, disfruten de la misma bienaventuranza eterna de Su Reino Celestial.

Cuando alguien más tiene más éxito que nosotros, supongamos que esa persona lo necesita. Cuando alguien que hace mal y no es atrapado, recordemos las muchas veces que hemos hecho mal y salimos libres. La envidia no debería tener lugar en nuestras vidas. No podemos controlar, y no nos atrevemos a juzgar, la forma en que Dios bendice a otros, solo regocijarnos de que Él lo haga, así como Él nos bendice.

Dios personalmente nos llama a cada uno de nosotros a nuestro propio ministerio en este mundo y nos muestra Su cuidado al darnos Su gracia y salvación eterna. Para Dios, somos más que números en una nómina. Nuestro llamado a Su viña es un regalo gratuito de Dios por el cual nunca podremos estar suficientemente agradecidos. Todos nuestros talentos y bendiciones nos son dados gratuitamente por Dios. Por lo tanto, debemos expresar nuestra gratitud a Dios evitando los pecados, brindando un servicio amoroso a los demás, compartiendo nuestras bendiciones con los necesitados y orando constantemente, escuchando y hablando con Dios en todo momento. Amén

Julián Policetti

SMD y SF Rosamond